

“El hambre y la salud no sólo pasa revista a nuestros conocimientos actuales sobre las interrelaciones entre nutrición deficiente y mala salud, sino que también indaga en los mecanismos por los que el hambre socava la salud y destruye la esperanza de una vida digna, larga y satisfactoria”.

Paul Farmer, Doctor en Medicina, es Profesor de la Facultad de Medicina de la Universidad de Harvard y miembro de la ONG “Partners in Health”



PMA/Franklyn Gregory

El hambre en cifras

- 2.000 millones de personas sufren carencias de micronutrientes, que afectan incluso a quienes consumen una cantidad suficiente de calorías y proteínas: es el hambre oculta.
- El 90% de las personas que padecen hambre en el mundo vive con hambre crónica, una sensación de hambre persistente que no desaparece nunca.
- 178 millones de niños menores de 5 años sufren retrasos del crecimiento o tienen una estatura demasiado baja.
- 143 millones de niños menores de 5 años en los países en desarrollo presentan insuficiencia ponderal; de ellos, 121 millones viven en países de bajos ingresos y con déficit de alimentos.
- El 53% de las muertes infantiles tiene como causa sinérgica la desnutrición.
- Sólo 2,1 millones de personas logran escapar del hambre cada año, una cifra muy inferior a lo establecido en el ODM 1.
- El 57% de los fallecimientos por malaria se atribuye a la desnutrición.
- La tercera parte de los 40 millones de personas que viven con el VIH está también infectada por la tuberculosis.
- El 80% de las enfermedades crónicas se registra en países de ingresos bajos o medios.

Para saber cuáles son las iniciativas concretas para acabar con el hambre se puede consultar la *Serie de informes sobre el hambre en el mundo 2007: El hambre y la salud*



Para adquirir este informe de la *Serie de informes sobre el hambre en el mundo*, y obtener el 15% de descuento que se concede a las ONG, visítase el sitio:



Serie de informes sobre el hambre en el mundo 2007

El hambre y la salud

“Contamos con los conocimientos y los recursos necesarios para acabar con el hambre y mejorar la salud, dos propósitos plenamente justificados desde el punto de vista económico.

Sin embargo, no debemos actuar sólo por motivos económicos: poner fin al hambre es un imperativo moral”.



Publicación del Programa Mundial de Alimentos de las Naciones Unidas, Roma

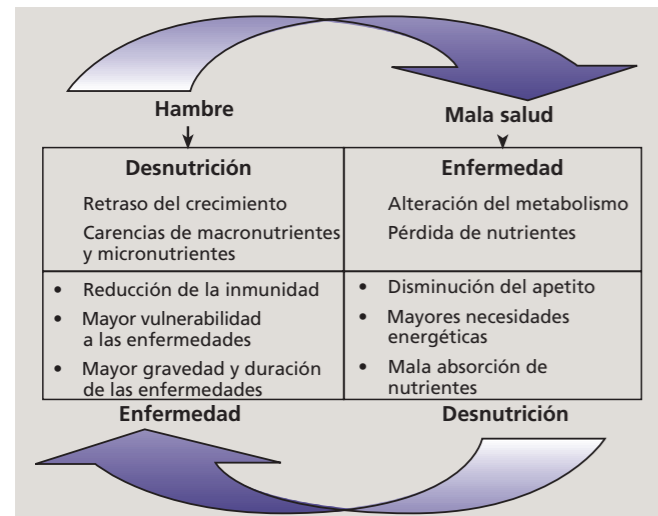
Informe publicado en colaboración con



Una relación estrecha

En la *Serie de informes sobre el hambre en el mundo 2007* se exploran las múltiples relaciones entre el hambre y la mala salud y el modo en el que éstas afectan –tanto fisiológica como psicológicamente– al crecimiento de las personas y limitan el desarrollo social y económico de las naciones.

El hambre y la mala salud están íntimamente relacionadas con las decisiones políticas y económicas en las que se reflejan, a su vez, las prioridades presupuestarias, la calidad de los servicios sociales y los valores de la comunidad.



Las personas que sufren hambre, en cualquiera de sus formas, no participan en el proceso de toma de decisiones, ni están necesariamente bien representadas por los responsables de la adopción de decisiones. Al igual que hambre y salud están estrechamente vinculadas, las relaciones entre desnutrición y enfermedad son bidireccionales y se refuerzan mutuamente. La desnutrición produce un estado de mala salud que expone al individuo al riesgo de contraer infecciones o enfermedades crónicas.

El organismo de una persona que padece hambre se defiende de las enfermedades menos bien que el de una persona bien alimentada. Un niño desnutrido tiende a estar más días enfermo que uno que esté bien nutrido, ya que la desnutrición contribuye directamente a la enfermedad al deprimir el sistema inmunológico y permitir que los agentes patógenos colonicen el organismo, desposeyéndolo aún más de los nutrientes esenciales.

Las infecciones, no importa cuán graves sean, afectan negativamente al estado de nutrición. Tanto las infecciones agudas como las crónicas pueden influir en el estado nutricional, desencadenando reacciones diversas entre las que figura la disminución del apetito. Aun cuando los enfermos absorban los nutrientes ingeridos, es posible que éstos queden inutilizados a causa de la infección.

Posibilidad de recurrir a soluciones ya conocidas y rentables

Una cantidad desproporcionada de recursos se ha dirigido a la lucha contra las enfermedades infecciosas más bien que a la prevención del hambre y la desnutrición. Es imprescindible

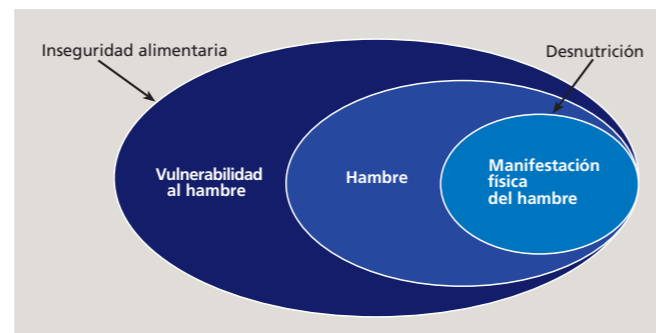
que en la formulación de las políticas y los programas se tenga en cuenta la relación existente entre el hambre y la mala salud.

Si se quiere que las personas que padecen hambre se beneficien de las innovaciones tecnológicas que están transformando el mundo, es imprescindible dar prioridad a estas personas –especialmente las mujeres y los niños en cualquier etapa del ciclo biológico– y promover la aplicación de los principios de inclusión, igualdad, facilidad de acceso y transparencia.

Al reducir el hambre se aumenta la productividad, ya que aumentan la capacidad de trabajo, el aprendizaje y el desarrollo cognitivo y se mejora igualmente la salud gracias a la menor incidencia de las enfermedades y la mortalidad prematura.

El hambre y la mala salud afectan directamente a la creación de capital humano y social y al crecimiento económico, con unos efectos duraderos y transgeneracionales que obstaculizan la consecución de otras metas sociales de alcance global.

Por primera vez en la historia, el mundo puede dedicar cuantiosos recursos a la erradicación del hambre y la mejora de la salud. Se reconoce cada vez más que el costo de la inacción es elevado, tanto económica como moralmente, y que, en comparación, el costo de la acción es modesto. La *Serie de informes sobre el hambre en el mundo 2007* ofrece un conjunto de opciones básicas rentables, prácticas y de eficacia demostrada para abordar las causas interrelacionadas del hambre y la mala salud.



Al poner el acento en el impacto a lo largo de todo el ciclo biológico, estas soluciones básicas tienen por fin prevenir el hambre y mejorar la salud de las personas que la padecen, así como contribuir al logro de los objetivos de desarrollo del Milenio (ODM). Su fin específico es desarrollar los programas dirigidos a dos importantes “períodos propicios”, dos épocas críticas en la vida de una persona: la primera infancia –que concierne en especial a las madres, los recién nacidos y los niños pequeños– y la adolescencia, en la que se incluye a los niños en edad escolar.

Las soluciones básicas que se proponen hacen hincapié en abordar los factores subyacentes comunes: se trata de combinar de manera eficaz los recursos –tanto alimentarios como de otra índole– y las herramientas disponibles, y de reproducir a mayor escala las soluciones más eficaces.

De construirse en torno a las relaciones que vinculan entre sí hambre y mala salud, los programas permitirán abordar mejor y con un enfoque más holístico problemas interrelacionados.



Las soluciones propuestas también hacen hincapié en que lo más probable es que las mejoras generales en la ingestión de alimentos, mediante un mayor acceso a alimentos de calidad, en particular por parte de los niños pequeños, tengan un impacto importante en la reducción de la carga de las enfermedades.

Necesidad de un compromiso más amplio

Pese a las diversas soluciones rentables que existen para combatir el hambre y mejorar la salud, los esfuerzos realizados siguen siendo insuficientes. Existe el riesgo real de que los ODM, ya de por sí relativamente modestos, no se alcancen. La *Serie de informes sobre el hambre en el mundo* insta a los dirigentes a que se aprovechen los éxitos del pasado, combinando los conocimientos actuales con la voluntad de aplicar soluciones prácticas y eficaces para poner fin al hambre.

Entre las razones que justifican la prioridad otorgada a las soluciones que relacionan el hambre con la mala salud figuran las siguientes:

- el hambre y la mala salud tienen un costo elevado;
- las soluciones son asequibles, rentables y sostenibles;
- existe consenso sobre el derecho del ser humano a una alimentación y nutrición adecuadas y a la salud; y
- una población bien alimentada y saludable contribuye de manera más eficaz al crecimiento económico.

La eliminación del hambre no se puede relegar al papel de objetivo secundario al servicio de otros compromisos. Habida cuenta de los tremendos costos humanos, económicos y sociales de esta plaga, su erradicación debe ser una prioridad del desarrollo y parte integrante de los objetivos en materia de salud.

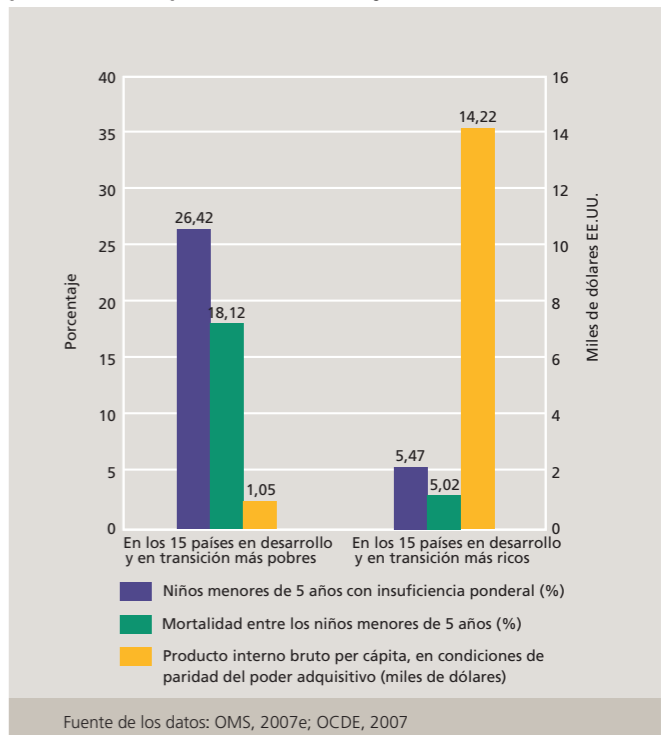
Los recursos que se necesitan no son exclusivamente financieros: la eficacia de los servicios sociales radica también en las modalidades de dirección y gestión y en el apoyo a los sistemas. Es importante medir los resultados obtenidos y saber a qué proyectos destinar los recursos:

- Cada vez hay más pruebas de que, cuando los tratamientos de la tuberculosis, del virus de la inmunodeficiencia humana (VIH) y de otras enfermedades infecciosas van acompañados de apoyo nutricional y alimentario, aumenta la observancia de los tratamientos y mejoran sus resultados, particularmente en el caso de la población pobre. Este apoyo debe convertirse en parte integrante de los programas de tratamiento. Habría que intensificar la investigación para mejorar la eficacia del

apoyo alimentario y nutricional combinado con el tratamiento.

- El problema generalizado de carencias de micronutrientes demuestra que las calorías por sí solas no bastan para lograr una buena salud. Es necesario aumentar la concienciación y la comprensión del valor que tienen los micronutrientes a lo largo del ciclo biológico.
- En algunos países ya se suele enriquecer los alimentos, pero es necesario hacer aún más en esta esfera. El enriquecimiento de los productos de consumo habitual con micronutrientes múltiples y/o el suministro de suplementos pueden ser un medio eficaz en función de los costos de subsanar las numerosas carencias que presentan los niños en edad escolar, los adolescentes, los refugiados y las personas desplazadas internamente. También habría que prestar más atención a la posibilidad de enriquecer los alimentos en los hogares.

Producto interno bruto, mortalidad infantil e insuficiencia ponderal en los países en desarrollo y en transición



Adopción de las decisiones correctas

Es necesario adoptar medidas urgentes si se desea erradicar el hambre en las próximas décadas. La única solución es que los gobiernos se comprometan a ir más allá de los ODM, a erradicar el hambre y a dar acceso a una atención sanitaria de calidad a las personas que sufren hambre y marginación. La carga del hambre y de la mala salud y sus efectos sobre el desarrollo nacional no deben ser los solos motivos que nos lleven a actuar. Nuestra acción debe estar encaminada a poner fin al sufrimiento humano causado por el hambre y la mala salud y a colmar la brecha existente entre quienes tienen acceso a alimentos suficientes y servicios sanitarios de calidad y quienes carecen de estos elementos indispensables para lograr el bienestar de todos.

Solamente una voluntad colectiva nos permitirá llegar a adoptar decisiones correctas. El costo de la inacción es elevado tanto desde el punto de vista económico y político como, lo que es más importante, desde una perspectiva moral.